HISTORIA Y ESTRATEGIA
LA LINEA MAGINOT

Canis Venatici

1. RECUENTO HISTORICO

A. El fin de las ilusiones

Con el armisticio acordado entre los aliados y las potencias centrales para poner fin a la Primera Guerra Mundial, en 1918, se había extendido por todas las naciones beligerantes, y muy especialmente en Francia, un conjunto de insidiosas ilusiones.

Una de ellas era la confianza en el eterno y un tanto soberbio dogma de que era un deber ineludible de la civilización acudir al rescate, cuando fuese necesario, de sus valores eternos. Francia supuso, y supuso erróneamente, que sus aliados en la guerra que recién cesaba jamás la abandonarían; que sus aliados, particularmente Estados Unidos, mantendrían su interés en conservar la primacía francesa en Europa efectuando algunas ligeras modificaciones, tales como la creación de nuevos Estados en reemplazo de los derrotados imperios centrales.

Sin embargo, cuando el presidente Wilson viajó a Francia para hablarle a sus propios soldados de que "la paz europea estaría fundada en el derecho de la libre autodeterminación de los pueblos", hubo una decepción general en Europa occidental. No había sido ese el objetivo fundamental por el cual se había luchado durante tanto tiempo y habían muerto tantos millones de hombres.

Luego, cuando se diluyó el idealismo utópico de 1918, los Estados angloamericanos se encerraron dentro de sus propias fronteras en lo que fue denominado *no intervencionismo* o *aislacionismo,* según las conveniencias del caso.

Los soldados norteamericanos estaban de vuelta en casa y su pueblo quería tenerlos allí para siempre.

Por otra parte, era cada vez más creciente el sentimiento –particularmente en Inglaterra– de que Alemania había sido tratada con excesivo rigor en el Tratado de Versalles; sentimiento generado, en parte, por un altruismo honesto y, en parte también, por los imperativos del comercio internacional, incluyendo, obviamente, a Alemania.

También, pero esto no estaba escrito, por el temor instintivo de que la Francia victoriosa –y al parecer con no disimuladas tendencias expansionistas, como lo había demostrado al extender su administración general en el Sarre y al enviar fuerzas militares al aniquilado Rhur– deseara llegar más allá.

Otra ilusión era que Francia creía haber ganado la guerra gracias a sus propios esfuerzos. Sin embargo, los anglo-americanos sabían muy bien que esta guerra no se hubiera ganado sin su apoyo colosal. No demoraron mucho tiempo en darse cuenta que el precio pagado, en hombres y en oro, había sido demasiado alto. Que en el futuro harían cualquier cosa menos arriesgarse en socorrer a Francia por segunda vez. Y, muchísimo menos, arriesgarse por una segunda Lorena y una segunda Alsacia. Junto con esta ilusión estaba la firme creencia francesa de que mediante la supremacía irresistible de su ejército podría mantener la paz en Europa.

Pero había algo que ella todavía no advertía. Que nada podría hacer, porque moral, numérica y financieramente, la guerra la había dejado simplemente exhausta.

A medida que se tomaba conciencia de la real situación económica francesa, se hizo muy popular la feliz ilusión de que *los alemanes pagarán*. Pero Alemania no podía pagar nada, porque no tenía absolutamente nada.

Los anglo-americanos no estaban muy dispuestos a obligar a Alemania y el esfuerzo para conseguirlo sería exclusivamente francés. Por último, prevalecía la mortal ilusión —con la notable excepción del Mariscal Ferdinand Foch— de que una Alemania vencida, arruinada moral y materialmente, jamás volvería a ser una amenaza militar para ninguna nación europea.

¡Cuántas veces los políticos han olvidado las lecciones de la Historia!

¿Es que los franceses ya habían olvidado las duras condiciones impuestas por la victoriosa Prusia en 1871 con sus anexiones territoriales, condiciones que jamás aceptó Francia y que, por el contrario, inflamaron sus ansias reivindicacionistas durante casi medio siglo?

Ahora, Francia había disipado su odio, pero no sus temores.

Versalles, simplemente, había cambiado el equilibrio de la balanza cargando el peso sobre Alemania, la que, a su vez, lloraba la pérdida de sus territorios en el este y la ocupación extranjera en algunas zonas del weste.

Si estamos hablando de ilusiones, tal vez la más poderosa era la de que Francia confiaba en demasía en su capacidad política de recrear la Europa de posguerra.

De hecho, era una Francia arruinada la que encaraba el amanecer de la victoria.

Las duras realidades económicas eran dramáticas: había consumido un 25% de su riqueza nacional; casi el 7% de su territorio estaba destruido por la guerra, incluyendo sus más ricas zonas industriales; 3.250.000 hectáreas de tierras cultivables habían sido desvastadas; 5.600 kilómetros de vías férreas estaban destruidas, además de 4.800 kilómetros de carreteras; la producción de carbón había caído en un 37% con respecto a 1914, y la de acero en un 60%; el desequilibrio de la balanza comercial había pasado de 1.500 millones a 17.000 millones de francos.

El ministro de Hacienda estimaba que el daño físico causado por los alemanes, que se consideraría como base de las indemnizaciones de guerra, ascendía a unos 134.000 millones de francos-oro, cifra fabulosa comparada con los 5.000 millones que Alemania había exigido y logrado de Francia en 1871.

No obstante la desastrosa situación económica francesa, el país asombró al mundo recuperándose con extraordinaria rapidez. Rehizo sus industrias y sus campos volvieron a producir con mucha mayor rapidez de la que se había supuesto.

Para financiar la guerra Francia había recurrido a la inflación, imprimiendo verdaderas montañas de dinero en papel moneda. Cuando se firmó el armisticio el franco había caído a una tercera parte del valor anterior a 1914. Con el paso del tiempo, de 26 francos por cada libra esterlina en 1918, en 1926 se llegaba a 220 francos por libra.

No era difícil encontrar la causa. Acicateados por la virulencia revolucionaria marxista, los obreros franceses, con sus justas demandas de mejores condiciones de trabajo y de salarios, aceleraron la crisis económica que venía germinando desde los tiempos de la guerra.

El gasto fiscal era enorme en pensiones de guerra; especialmente a los mutilados, algunos cientos de miles de hombres.

Sin embargo, persistían dos ilusiones: que los antiguos aliados siempre estarían dispuestos a ayudarla y la evidencia de que *los alemanes pagarán.*

Cuando la Asamblea Nacional francesa aprobó el presupuesto de 1918, después de largas deliberaciones, el ministro de Finanzas, Louis-Lucien Klotz, manifestó claramente que el déficit presupuestario francés se debería saldar, entonces y para siempre, mediante el cobro de las indemnizaciones alemanas.

Francia había calculado sus daños de guerra en 209.000 millones de francos-oro, mientras que los anglo-americanos solicitaban unos 400.000 millones. Sin embargo, los ingleses, siempre muy realistas, estaban ciertos de que los alemanes no podrían pagar más allá de unos 75.000 millones. ¿Y el resto?

Las conversaciones diplomáticas fueron largas, tediosas y, como casi siempre tratándose de indemnizaciones, infructuosas. Se llegó a una solución de compromiso: la suma que debía pagar Alemania se dejó para futuras negociaciones.

En 1923 Alemania ya no daba para más y dejó de pagar. Y Francia, como compensación, ocupó la zona del Rhur.

Inglaterra, que creyó adivinar las ambiciones políticas francesas detrás de sus problemas financieros (parece ser que había nacionalistas franceses que expresaban claramente sus pensamientos de que tal ocupación pudiese llegar a ser permanente), se alejó del problema. Como consecuencia lógica de este caos político, financiero e industrial, se produjo el colapso del marco alemán.

Mientras tanto, en Baviera, un enojadísimo y desconocido austríaco protestaba públicamente por vez primera por este estado de cosas.

Nació en Alemania un duro resentimiento, que apoyado por políticos y algunos militares serviría posteriormente para que este austríaco, con una rapidez y suerte inimaginables, conquistara y alcanzara el poder supremo en Alemania.

Las relaciones anglo-francesas se tornaron tensas y se resquebrajó la antigua cordialidad, la que difícilmente se restauraría y solamente a medias, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

En Francia el franco corría el riesgo de seguir el mismo camino que el marco alemán.

Francia, al verse obligada a retirarse de la rica zona industrial del Rhur alemán, vio destruirse su ilusión de poder en la posguerra.

B. **Ausencia de recursos y de ideas**

La cuestión de las indemnizaciones, con la hostilidad internacional que originaban, fue una de las causas lejanas que condujeron a la Segunda Guerra Mundial. Las indemnizaciones no lograron equilibrar el presupuesto francés, y tanto es así que durante los primeros seis meses de 1920 siete distintos ministros de Finanzas trataron, infructuosamente, de poner orden en la casa.

No obstante el regreso de Raymond Poincaré, en 1926, y un milagroso período de estabilidad de casi dos años, en los diecisiete meses que siguieron a su retiro, en 1929, se organizó y renunciaron otros cinco Gabinetes.

El caos financiero francés duró hasta 1930, derribando a todos los Gabinetes que se

formaban y, lo que es peor, haciendo imposible cualquier tipo de política exterior duradera y coherente.

En la parte final de los años veinte se hizo dolorosamente claro que la política de la Tercera República sufría una gravísima carencia, tanto de grandes hombres como de grandes ideas.

"Los medios de que se vale la Providencia para llevar a una nación a su grandeza son las virtudes de que disfrutan sus grandes hombres", decía Burke en su Memorial al ministro Pitt, a comienzos del siglo XIX.

Clemenceau había sido llamado a retiro de una manera humillante. Briand tenía el piso movedizo. Painlevé ya estaba anciano. En 1929 murieron Clemenceau y Foch, y, por otro lado, la mala salud obligaba a retirarse de la política activa a Poincaré.

Ahora bien, con la recuperación de Alsacia y Lorena el objetivo político y estratégico de Francia en la Gran Guerra quedaba suprimido de su quehacer político.

¿Qué era, entonces, lo que quedaba digno de luchar?

El tratar de equilibrar el presupuesto apenas podía compararse con el gran objetivo anterior, y como sustituto tenía un escaso valor.

El reto de la izquierda francesa que siguió inmediatamente a la guerra fue seguido, a su vez, por un breve descanso de decepcionante estabilidad parlamentaria. Sumamente alarmados por los temores de la amenaza marxista soviética, los partidos de centro y derecha se habían unido para formar el llamado Bloque Nacional Republicano.

En las elecciones de 1919 el Bloque se hizo cargo del poder, proporcionando a Francia el Parlamento más derechista que se había conocido desde 1876. Mientras tanto, la izquierda parecía hundirse a causa de sus divisiones internas. En 1920 el Partido Socialista se había dividido en el nuevo Partido Comunista francés (sumiso a Moscú) y en un partido socialista más moderado, que se llamaba a sí mismo Sección Francesa de la II Internacional Obrera.

Esto se reflejó, en 1921, por una división en los sindicatos que emergieron de la disidente marxista Confederación General del Trabajo Unitario (CGTU), que acataba las órdenes de Moscú y predicaba la guerra total contra los empresarios, en contraste con la línea más moderada de la antigua Confederación General del Trabajo (CGT). Hasta la gran reunión celebrada en 1936, bajo el Frente Popular, los comunistas castigarían a los socialistas y la CGTU denigraría a la CGT. Con muy poca visión del futuro, los empresarios y la clase media en general celebraron esta división entre los izquierdistas y se sintieron estimulados por su debilidad aparente en la lucha por la reforma social y, en consecuencia, comenzaron a acumular una futura y explosiva reserva de mala voluntad e injusticias.

Expresando su duda fundamental hacia la Sociedad de las Naciones, Clemenceau había dicho en una ocasión: "si queréis que las naciones adquieran un nuevo espíritu, debéis comenzar por introducir ese mismo espíritu en vuestra casa".

En efecto, los políticos franceses de la posguerra demostraron súbitamente una inclinación instintiva a regresar al viejo espíritu de la Tercera República o a algo peor.

Antes de la guerra, los problemas habían sido relativamente claros y simples: el anticlericalismo y el caso Dreyfus, más la fuerza polarizadora de Alsacia y Lorena. Ahora, la revancha con Alemania se había satisfecho y los otros asuntos eran cosas del pasado.

Tras el intenso esfuerzo de la guerra hubo una enorme ausencia de voluntades vigorosas y mentes claras capaces de guiar al país. Los políticos tuvieron que adaptarse al

veloz y creciente número de grupos de presión, que actuaban sobre la Asamblea Nacional. Con el colapso de los sucesivos Gabinetes y muy especialmente tras el retiro definitivo de Poincaré, se demostró que era difícil crear una mayoría solamente con promesas de estabilidad.

Y comenzó una extraña sinfonía cambiando sus tonalidades y compases, hasta que los blindados de Hitler detuvieron el concierto.

Aunque la inestabilidad política de Francia era provocada principalmente por la disputa sobre asuntos internos, tales como el presupuesto, fue en el frente externo (especialmente en relación con Alemania) donde todas estas divergencias tuvieron las peores consecuencias.

El objetivo de Versalles había sido garantizar la seguridad externa de Francia e impedir, a través de él, que Alemania volviese a atacarla.

El tratado exigió, entre otros aspectos militares, que Alemania disolvería su Estado Mayor General y reduciría su ejército a perpetuidad a solamente 100.000 hombres, con la prohibición de poseer blindados, artillería pesada y aviación.

Como consecuencia de los Tratados de St. Germain y Trianón, el Imperio Austrohúngaro quedó dividido en un conjunto de pequeños Estados, con lo que se impedía –así se pensó– que Alemania llegase a tener aliados potenciales en la Europa central y oriental. Se esperaba que los Estados checo, polaco, yugoslavo, húngaro y rumano mostraran su gratitud manteniéndose como aliados permanentes de Francia.

Al crecer la industria francesa a expensas de la de Alemania, toda Europa estaba segura de que las indemnizaciones ayudarían a eliminar las condiciones del tradicional desequilibrio del poder económico de ambas naciones. Por último, para afianzar su vulnerable frontera oriental, Francia se instalaba en el territorio del Rhur alemán.

Sin embargo, aquí se lograba menos de lo que se había esperado. Ferdinand Foch había dicho en una ocasión: "Si no ocupamos permanentemente el territorio del Rhur alemán, ninguna neutralización, desarme o tratado de cualquiera especie, impedirá que Alemania salte por encima de todo. En el futuro no habrá tiempo para que la ayuda militar anglo-americana salve a Francia del desastre militar".

Lloyd George y Wilson habían manifestado absoluta desaprobación a cualquiera eventual anexión territorial por parte de Francia, la que crearía otro problema como el de Alsacia y Lorena.

Francia tuvo que limitarse a la permanente desmilitarización y a la ocupación temporal de la ribera izquierda del Rhin.

Foch boicoteó la firma del tratado, demostrando claramente su disgusto y diciendo que: "Esto no es la paz. Es sólo un armisticio por veinte años".

A medida que las realidades de la posguerra destruían las ilusiones de Francia de que era capaz de mantener la paz europea, sus líderes estaban preocupados por el hecho de que el Tratado de Versalles no pudiera ofrecerles más que una seguridad temporal y parcial.

En el fondo, sistemáticamente, se alzaba un hecho inalterable que no podían ignorar en ningún instante: contando incluso con el agregado de la población de Alsacia y Lorena –más o menos 1.800.000 personas– y las consecuencias producidas en el frente interno alemán por sus pérdidas territoriales, ya en 1919 había 39 millones de franceses contra 59 millones de alemanes.

En la misma medida que Alemania mantenía un índice de natalidad alto, en Francia era estático, hasta el extremo de que en 1931

ni siquiera había recuperado las pérdidas de guerra. Este era un constante, y también fundamental, elemento de la política exterior francesa entre los años veinte y treinta.

¡Su extrema debilidad humana!

Debido a su crónica inestabilidad política, Francia no se sentía capaz de enfrentar el problema demográfico y solucionarlo mediante medios nacionales propios.

Hubo momentos en los que se sintió inclinada a doblegar a los alemanes penetrando aún más en el Rhur; en otras ocasiones, curiosamente, ofrecía su mejor espíritu reconciliatorio. Gritaba la superioridad del espíritu ofensivo de su ejército, para esconderse tras una institución de gran renombre pero absolutamente ineficaz: la Sociedad de las Naciones, y, por otro lado, tratando de cercar a Alemania mediante alianzas con los nuevos *Estados valla* del este europeo, aun cuando era dudoso que alguna de estas combinaciones pudiera reemplazar el peso del gigante ruso, ya que este posible aliado de Francia se hallaba profundamente sumergido en el sueño del marxismo y de la pesadilla de la guerra civil, para imponerlo dentro de sus fronteras.

Hubo un momento, cuando Arístides Briand fue nombrado Primer Ministro en 1929, en que se propuso desde la tribuna de la Sociedad de las Naciones la creación de una federación europea en la que se incluyese a Alemania. Era un grande y utópico ideal, y Briand fue derribado del Gabinete.

Casi simultáneamente ocurrió la muerte de Stressemann, el más capaz de los líderes de la República de Weimar –heredera de la abatida monarquía de los Hohenzollern– y casi el único hombre capaz de detener la marea creciente de ese intruso austríaco. Stressemann explicó de manera dramática sus relaciones con Francia: "Cedí, cedí y cedí hasta que mis partidarios se volvieron contra mí... Si Francia me hubiese hecho alguna concesión me habría ganado a mi pueblo. Pero Francia nada me dio... esa es mi tragedia y su crimen".

2. RECUENTO ESTRATEGICO

A. Verdún

Lo cierto era que Francia, a fines de los años veinte, había hecho evidentes concesiones. Por ejemplo: había retirado sus fuerzas de la zona del Rhin cinco años antes del plazo estipulado. Sin embargo, sus concesiones estaban siempre rodeadas por las reservas impuestas por las dudas y vacilaciones de sus Gabinetes, que desde el punto de vista alemán carecían de auténtica magnanimidad y no representaban un real objetivo político nacional. Parecían más actos de debilidad e irresolución, impuestos por las circunstancias de los acontecimientos del frente externo.

Y en aquellos momentos, en medio de las desilusiones, fracasos y desintegración del frente interno francés, surgió la figura de Adolfo Hitler en Alemania, como su líder indiscutido y omnipotente.

Winston Churchill dijo en la Cámara de los Comunes, el 23 de marzo de 1933: "Gracias a Dios por el Ejército francés". Esto ocurría casi dos meses después de la llegada de Hitler al poder. Los tories consideraron estas palabras como altamente ofensivas.

Era el año, circunstancia dramática para Gran Bretaña, en que los gastos de la defensa nacional fueron reducidos a su más mínima expresión, entre 1919 y 1939.

Además, Inglaterra urgía a Francia a imitar su ejemplo. Preocupada por una serie de problemas internos, Inglaterra había asumido una actitud indiferente hacia los problemas europeos. La sentimental opinión sobre la Gran Guerra como una victoriosa cruzada estaba ya totalmente reemplazada por las dudas exteriorizadas por Lloyd George, cuando dijo: "Nos equivocamos con la guerra", y el rol de Francia al conducir a los franceses a esta suprema equivocación parecía estar cada vez más claro.

La opinión pública inglesa estaba horrorizada por las noticias sobre la hambruna que

azotaba a Alemania, al parecer debido al apuro de Francia en el cobro de las indemnizaciones, y los ingleses ya estaban dejando de considerar a los alemanes como sus enemigos eternos.

De un modo general, la opinón pública había vuelto al *statu quo ante* de recelar de todos los proyectos franceses. En 1934 la prensa inglesa se expresaba diciendo: "En los años venideros habrá más razones para temer por Alemania que para temer a Alemania".

Era la visión de un enorme Ejército francés, aparentemente el más poderoso del mundo, haciendo una constante sombra a los asuntos europeos, lo que realmente inquietaba a los ingleses.

Pero cuando Hitler comenzó a manifestar con absoluta claridad que no descansaría hasta que el *diktat* de Versalles fuese anulado y Alemania volviese a ser la que había sido antes, ¿cuál era, efectivamente, el estado del Ejército francés? ¿Era todavía el arma de 1918?

La formación profesional y las condiciones morales de un ejército son factores mutables que pueden modificar la relación entre fuerzas opuestas en el curso de una campaña. Sin embargo, son los hechos inmutables, como la doctrina y los principios de la guerra, los que hay que tener en cuenta. Que un ejército victorioso deba, en su evolución en tiempos de paz, estar fuertemente influenciado por las experiencias de las guerras pasadas es una vulgaridad demasiado común. Pero, como decía Federico el Grande: "la experiencia es inútil a menos que de ella se extraigan las debidas conclusiones".

Francia, tras haber soportado la parte más severa de la lucha en el frente occidental, había adquirido una experiencia que pesaba demasiado sobre las mentes militares francesas.

Existían tres elementos muy influyentes, predominando sobre todo el caso de Verdún, los cuales, a pesar de que entraban en conflicto de muchos modos, afectaban, separada y vitalmente, al Ejército francés.

La primera influencia se relacionaba con las consecuencias sicológicas de Verdún, que se elevaba como símbolo y leyenda de una gloria inmortal.

En la mayor parte de las acciones bélicas de los aliados se había compartido el esfuerzo y la gloria. Pero Verdún, la batalla más larga y terrible de todas, era exclusivamente francesa. Durante diez dramáticos meses y con 400.000 cadáveres, Francia se había medido a sí misma en una batalla contra el grueso del Ejército alemán, y había vencido en la acción. Con toda razón, Verdún se había transformado en una leyenda de heroísmo y virilidad nacional.

Con el paso del tiempo llegaría a brillar con las sagradas cualidades de un milagro de la voluntad de lucha del pueblo francés. De este modo, los franceses llegaron a considerar a Verdún como piedra angular de la fe en ese mundo caótico de los años treinta. En el ejército, a medida que las interminables crisis políticas convertían en una pesadilla la urgente renovación de los equipos ya anticuados, siempre les resultaba grato recordar la enorme superioridad de la belicosa raza francesa contra el enemigo de 1916.

De la misma manera como la Armada Real se había osificado después de Trafalgar, en 1805, así estaba creciendo una complacencia conservadora en Francia. Lo que había sido bueno en 1916 también podría serlo por algunos decenios más.

Y no estar de acuerdo con esta premisa significaba granjearse la antipatía inmediata del Alto Mando francés.

No obstante, paralelamente con la primera influencia, una segunda hacía pensar en cuánto había costado Verdún a los franceses. Por el caos de Verdún habían pasado mucho más hombres y oficiales del ejército que en

ninguna otra batalla, y las constantes ceremonias militares de posguerra aseguraban que sus mentes y sus corazones retuviesen todo el horror de aquellos eternos diez meses.

Los interminables bombardeos por parte de un enemigo al que, probablemente, nadie lo había visto jamás.

Los soldados agonizantes sin ser atendidos, los relevos y el apoyo logístico que jamás llegaban, los contraataques sin sentido, para recuperar a un precio de sangre unos cuantos metros cuadrados de tierra removida y muerta.

Todo. La sed, el hambre, la miseria, el miedo, y sobre todo, siempre los obuses explosando a toda hora y en todo lugar.

Reservadamente, los hombres del ejército de posguerra se preguntaban a sí mismos si serían capaces de soportar de nuevo otro Verdún, si podría soportarlo otro francés o, también algún otro ser humano.

En el relajamiento seguido a la guerra se tenía la impresión de que la respuesta, moralmente, era un no rotundo.

No cabía la menor duda de que, numéricamente, Verdún era la clase de batalla que Francia, con su reducida población, jamás podría volver a librar. Pero ¿qué clase de batalla podría, en realidad, librar? Parecía improbable que Francia pudiera alguna vez emprender una guerra *ofensiva.*

En el frente bélico sus intereses estaban defendidos, momentáneamente, por el Tratado de Versalles. Sin embargo, una de las tareas de los Estados Mayores Generales es hacer proyectos para enfrentar una emergencia bélica externa. Francia podía, no obstante el tratado, ser atacada nuevamente por su tradicional y vecino enemigo. En este caso ¿cómo lograría defenderse sin sufrir otro Verdún? ¿Qué nueva estrategia y qué nueva técnica podría idearse para evitarlo?

En la búsqueda de una alternativa, los pensadores militares franceses no pudieron apartarse de Verdún. Las efectivas lecciones allí aprendidas y las conclusiones a que se llegó constituyen la más colosal influencia que emergió de aquel horrible campo de batalla.

La mayor parte de las acciones bélicas de 1914-1918 se habían llevado a cabo entre constantes avances y retiradas, sobre una línea amorfa de trincheras. Lo característico de Verdún era la presencia de grupos concéntricos de poderosas fortalezas subterráneas. Aunque, y por varias razones, Francia las había pasado por alto en un principio. Lo que ocurrió más tarde pareció indicar que Verdún debía su supervivencia a tales fortalezas.

La más poderosa de ellas, Douaumont, había sido conquistada debido a un extraordinario golpe de mano incruento, llevado a cabo por un reducido grupo de infantes alemanes. Pero, no obstante, se estima que había costado a los franceses el equivalente de unos cien mil hombres. Por otro lado, su vecino, el fuerte Vaux, con una dotación de sólo 250 hombres resistió heroicamente a un Cuerpo de Ejército alemán y su resistencia demoró en una vital semana el avance alemán sobre Verdún.

Otras resultaron muy valiosas como refugio contra los ataques artilleros, a la vez que servían de punto de partida para que la infantería francesa rechazase a la alemana mientras era apoyada por la artillería emplazada bajo casamatas blindadas.

Cuando una Comisión del Ejército francés, presidida por el Mariscal Joffre, visitó Verdún en 1922, se asombró por el modo en que los fuertes habían absorbido el fuego alemán, impresión que se reforzó aún más cuando la Comisión observó la impenetrable fuerza que revelaba la Línea Hindenburg, construida por los alemanes. Si el Alto Mando francés hubiera utilizado adecuadamente aquellas fortalezas en 1916, ¡cuántas vidas se hubieran ahorrado, a la vez que se aseguraba la integridad física de Verdún! La Comisión

decidió, en el acto, que era imposible omitir aquellas lecciones de la Historia.

Había, además, un elemento histórico de trascendental importancia. Desde sus primeros días Francia había estado constantemente expuesta a la invasión a través de su vulnerable frontera oriental. Con la velocidad de movimiento impuesta por el ferrocarril se demostró dos veces, en 1870 y en 1914, que una batalla decisiva perdida en las fronteras del este llevaba a los alemanes casi de inmediato hasta el mismo París.

En Alsacia-Lorena y en el norte los centros industriales más vitales del país quedaban expuestos al ataque alemán, y la conquista de estos centros casi produjo la derrota francesa, a no ser por la oportuna ayuda anglo-americana.

En un país donde la tradición y presencia del hombre de campo aún predominaba, el suelo francés asumía características sagradas. Fue la implacable defensa de esto último lo que convenció al Alto Mando francés para adoptar procedimientos tan rígidos y costosos como los de Verdún.

Después de la estabilización de los frentes, a continuación de la primera batalla del Márne, en 1914, la infantería francesa tuvo que pagar un precio altísimo para mantener la línea continua de mal protegidas trincheras desde Suiza hasta el Canal de la Mancha. Pero, y a pesar de todo, se había sostenido en ellas, y al hacerlo así se aseguraba la inviolabilidad del sagrado suelo francés.

La Comisión Joffre se preguntó: "Si Francia se preparase para la defensa, no en trincheras poco profundas y excavadas apresuradamente, sino en una continua línea de fuertes, aún más profundos y complejos que los de Verdún, en el caso de otra guerra contra Alemania ¿semejante Línea no salvaría vidas y al territorio francés simultáneamente?. "Incluso, su sola presencia, ¿no ejercería una influencia decisiva para cualquier gobierno alemán con intenciones agresivas?".

Durante siete años la batalla de Verdún se estuvo librando en reuniones de alto nivel entre los planificadores militares franceses, discutiendo los pro y los contra de una nueva línea defensiva. Desde el inicio hubo acuerdo unánime: la línea de fortalezas debía transformarse en un frente continuo.

Hubo puntos de vista muy influyentes, como el del Mariscal Pétain, su más notable soldado. También era el hombre, más que ningún otro, que había dedicado todos sus esfuerzos en la inmortal defensa de Verdún. En todo caso, sería injusto sugerir que fue él quien encerró el ejército en esta estrategia absolutamente defensiva.

B. **La Línea Maginot**

De las enseñanzas de cuatro años de guerra de trincheras, cuyo carácter estático no logró alterar ni siquiera la introducción de los primeros y rudimentarios tanques, surgió la doctrina del frente continuo que aceptaba el pensamiento militar francés, sin experiencia en otro tipo de estrategia de guerra terrestre. Y esta era la opinión de la Escuela Superior de Guerra en 1920. La idea era defender el suelo francés, y estas ideas, a veces, se convierten en mediocres guías estratégicas.

El 4 de enero de 1930 la Asamblea Nacional, por amplia mayoría de votos, convirtió en ley el proyecto del ejército para construir una gran muralla defensiva en la frontera oriental. André Maginot, ministro de la Guerra, fue su defensor acérrimo. Y la gigantesca fortaleza llevaría su nombre.

Los trabajos comenzaron rápidamente con un presupuesto total de 3.000 millones de francos, y había de estar terminada para el año 1935, año en que Francia debía retirarse de la zona desmilitarizada del Rhin.

Se extendería desde la frontera con Suiza hasta Longwy, cerca del vértice de las fronteras francesa, luxemburguesa y belga. Por qué no se continuó hasta el mismo Canal de la

LINEA MAGINOT

Mancha, ese es otro asunto de más larga explicación.

Su poderío bélico y profundidad estaban determinados por la topografía y por las dos zonas supuestas de ser utilizadas por los alemanes en caso de invasión. Una de ellas cubría la zona de Metz-Nancy, mientras que la otra se orientaba hacia el norte para defender la planicie de la región sur de Alsacia.

Orientadas hacia el este había un conjunto de fortificaciones menores que se sumaban con la barrera natural del Rhin.

Inmediatamente detrás de la frontera comenzaban los obstáculos antitanques con las consabidas alambradas de púas, batidos desde posiciones reforzadas conocidas como *maisons fortes* y nidos de ametralladoras. El objeto de estas posiciones era proporcionar un aviso temprano de un ataque y, a la vez, demorarlo.

Algo más hacia atrás estaba un profundo foso antitanque y después los blocaos y fuertes subterráneos que formaban la columna vertebral de la Línea.

Protegida por muros de hormigón armado de unos tres metros de espesor, cada blocao disponía de cañones antitanques de fuego rápido y ametralladoras de tiro rasante, así como lanzagranadas capaces de desorganizar todo avance enemigo que se aproximara en orden abierto.

Su dotación de veinticinco hombres vivía y dormía en una planta aún mucho más profunda. Estos blocaos estaban estupendamente bien mimetizados y todo cuanto podría ver el enemigo serían dos pequeñas cúpulas de observación en su parte superior.

Lo realmente magnífico de la Línea Maginot era, sin embargo, la línea de fuertes que apoyaban a los blocaos en intervalos de dos a tres mil metros.

Los ingenieros militares franceses eran insuperables en el arte de la fortificación y las de Verdún fueron obras maestras en su tiempo, pero estos nuevos gigantes de hormigón eran la maravilla del mundo moderno.

Cuando los soldados cruzaban sus entradas, situadas discretamente al pie de alguna colina, entraban en un ambiente inimaginable para un mortal común.

En este mundo subterráneo podían vivir, dormir, comer, trabajar y hacer ejercicios durante meses sin tener necesidad alguna de salir a la superficie. Ferrocarriles eléctricos los transportaban, desde sus alojamientos y casinos, hasta sus torres de artillería. Grandes centrales de energía eléctrica, igualmente subterráneas, proporcionaban poder y calor; plantas compresoras les proporcionaban aire y aseguraban que los fuertes estuvieran a prueba de gases venenosos. Inmensos pañoles servían de despensas, depósitos y tanques de combustible y les daban una autonomía de tres meses para aislarse del ejército de superficie.

Había tres tipos de fuertes. Los más grandes –Categoría I– tenían una dotación de 1.200 hombres y disponían de entre 15 y 18 blocaos, donde se emplazaba torretas con cañones que desaparecían en un instante dado. La artillería iba desde los 35 hasta los 135 milímetros. Cada fuerte estaba dividido en dos partes, conectadas por profundas galerías subterráneas situadas mucho más abajo del límite de las bombas y de los obuses, cuyo largo fluctuaba entre los 440 y los 2.000 metros. Así, cuando medio fuerte fuese destrozado o capturado, la otra mitad continuaría luchando. Las dos mitades estaban construidas de tal modo que podían suministrarse mutuamente fuego de apoyo, al igual que dárselo a sus fuertes vecinos y blocaos.

El mayor peligro para los fuertes de Verdún había provenido de la infantería alemana infiltrada por las superestructuras, y que luego se abría paso fácilmente. Los fuertes Douaumont y Vaux habían sido tomados de

esta forma. Para impedir la repetición, la Línea Maginot incorporaba tropas de intervalo, infantería dotada de artillería de campaña, que podía desplazarse para rechazar cualquier ataque o amenaza a un fuerte aislado o a un grupo de fuertes. Con esto se suponía eliminado el peligro de lo que se denominaba *falta de movilidad de la Línea Maginot.*

Irónicamente, cuando se llegó a la hora suprema, el agotamiento impuesto a las tropas de intervalo iba a ser uno de los principales factores que privarían al Ejército francés de la movilidad que le faltaba.

Se ha escrito y discutido demasiado sobre el fracaso de la Línea Maginot en mayo de 1940, aunque, pareciese, no siempre se han manifestado las verdaderas razones.

Las obras de construcción fueron carísimas. En parte debido a errores de ingeniería, a trabas burocráticas y a los consabidos premios en la adjudicación de las propuestas. Los 150 kilómetros terminados en 1935 habían costado 7.000 millones de francos. Más del doble de lo presupuestado originalmente. Hay que agregar el costo de mantenimiento, lo que significaba una enorme carga financiera. En un país abrumado por los problemas económicos y con una izquierda antimilitarista, este gasto implicó que el Ejército francés tuviera que hacer economías en otros sectores de la defensa. Por otro lado, la Línea Maginot carecía de profundidad con sus cuatro escalones defensivos sucesivos, no ocupando nunca, en su anchura máxima, una franja superior a los 20 kilómetros. Esto también era una consecuencia de las economías.

Pero su talón de Aquiles no era su profundidad sino su longitud. Sentimentalmente se la denominó como el *escudo de Francia.* Y la función de un escudo es que pueda proteger el cuerpo de su dueño o, por lo menos, una parte principal del mismo.

La Línea Maginot, obviamente, era inmóvil y debía, siempre, esperar un ataque. Jamás prevenirlo. Y ni siquiera cubría la zona que Clausewitz llamó "la boca del estómago francés": la clásica ruta de invasión sobre las llanuras belgas y sobre la que el Plan Schlieffen casi había predicho un desastre en 1914.

En 1935, las razones para no fortificar los restantes 400 kilómetros que se extendían a lo largo de la frontera franco-belga solamente estaban parcialmente relacionadas con el costo financiero. La franja de terreno a ocupar por la Línea hubiese tenido que atravesar la densa zona industrial de Lille-Valenciennes, que hubiera sido parcialmente destruida. No obstante, había un factor mucho más importante: Bélgica.

A causa del castigo recibido de Alemania en 1914, que ultrajó su neutralidad perpetua, ahora era una estrecha aliada de Francia. Y una línea fortificada que se extendiera en el lado francés de su frontera la dejaría al descubierto, abandonada e inerme ante las eventuales intenciones agresoras alemanas.

Pétain, a pesar de su fama de poseer una mentalidad estrictamente defensiva, dijo con claridad cuando fue ministro de la Guerra, en 1934, que de estallar una guerra era vital para Francia penetrar en Bélgica e iniciar desde allí un movimiento estratégico ofensivo sobre el enemigo.

Para el Ejército francés de 1934, de inmensa superioridad sobre los alemanes, que aún no habían desarrollado los Panzerkorps, este pensamiento estratégico tenía una excelente razón de ser, siempre y cuando Bélgica continuara formando parte de la Alianza. Ahora bien, y esto hay que leerlo entre líneas, era obvio que beneficiaba a Francia, pues la batalla decisiva se libraría en suelo extranjero y sería otro el país que sufriría los rigores de la guerra y no Francia, como había ocurrido en 1914.

Con la construcción de la Línea Maginot se había cerrado el ciclo fatal del pensamiento estratégico francés que se había iniciado en 1870. En ese año Francia perdió una guerra al adoptar una conducta netamente defensiva,

confiando imprudentemente en las fortificaciones permanentes. Strasbourg, Metz y París habían sido, simplemente, envueltas por los prusianos y sitiadas una a una.

Como reacción a este desastre, Francia casi pierde la Gran Guerra por mostrarse excesivamente agresiva.

Ahora, sin embargo, ante el peso de una Historia muy mal comprendida, nuevamente buscaba la seguridad bajo el cemento y el acero. La Línea Maginot, en nuestra opinión, no fue un elemento al servicio de la estrategia, sino una forma de vida militar del Ejército francés.

3. EQUIVOCACIONES Y FRACASOS

A. Burocracia militar

Al sentirse seguros los franceses tras esta Línea, el ejército se anquilosó y cayó en el abandono de sí mismo. En el futuro no habría iniciativa, ni libertad de acción, ni maniobra, ni acción ofensiva, ni seguridad. Nada.

¿Acaso ya nadie recordaba a Napoleón, a Jomini o al prusiano Clausewitz y a sus discípulos Moltke el Viejo y Von Schlieffen?

Una suma enorme de elementos diversos conspiraron para derrumbar moral y profesionalmente al soberbio Ejército de Francia, que tanto había admirado todo el mundo en el Desfile de la Victoria, el 14 de julio de 1919.

Y todo esto había ocurrido bastante antes de aquel aciago día del 10 de mayo de 1940.

A fines de 1935, en la víspera de la primera e importante confrontación franco-alemana, el Ejército francés se presentaba en la arena bélica con una gran inferioridad numérica y de calidad humana.

El descenso de la natalidad como consecuencia de la Gran Guerra se estaba haciendo sentir con gran intensidad. En Alemania, por ejemplo, la conscripción de la Clase de 1915 ascendía, veinte años después, a 464.000 hombres; en Francia, en cambio, a 184.000 hombres, relación que se mantendría igual hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Los partidos políticos marxistas franceses habían reducido el Servicio Militar Obligatorio de tres años a uno, y la suposición de que el déficit pudiese compensarse con la población de las colonias francesas nunca llegó a cumplirse.

En lo que respecta a los oficiales de carrera, había muy pocas cosas buenas que indujeran a los hombres a permanecer en el ejército. La situación económica de ellos era, por decir lo menos, pobrísima. O disponer de una familia con grandes recursos económicos o tener dos empleos: uno militar y el otro civil.

Además, ahora que el supremo objetivo se había logrado –la revancha– ¿dónde residía la gloria de la carrera militar?

Compuesto por demasiados oficiales a los que la Gran Guerra había privado del *espíritu vital,* el Estado Mayor General francés se dejó influir por el papeleo burocrático; florecieron los trámites inútiles al que son tan aficionados algunos ejércitos muy numerosos. En realidad, era difícil ver dónde estaba el poder de decisión.

El otrora poderoso y lógico Consejo Superior de la Guerra, de entre cuyos integrantes salían los mejores comandantes de Cuerpos de Ejército en caso de guerra, ya no desempeñaba más que un rol consultivo y, también, decorativo.

Divididos por los mutuos celos y antipatías, sus generales tenían muy pocos contactos entre sí, y los Estados Mayores seguían su ejemplo permaneciendo inoperantes en sus respectivas oficinas. No había reuniones ni

discusiones sobre alta estrategia o planificación, y lo que se conversaba amablemente en las altas esferas sólo eran temas abstractos y académicos que podían dar de sí muy pocos resultados prácticos.

El General Beaufre, escribiendo sobre su experiencia personal en esa época, decía: "En el Ministerio de la Guerra, el Estado Mayor General mandaba en teoría pero carecía de dinero, de administración, de personal y de equipo; el Secretario Permanente tenía el dinero y la administración sin la responsabilidad de mando; los varios Departamentos disponían de personal y equipo pero no de dinero o mando. El Ministro figuraba a la cabeza de todo esto, pero no podía conseguir nada sin lograr la unión de toda la orquesta, cuya complejidad ayudaba a polarizar todas las iniciativas. "En conjunto, sólo poseía una fuerza... la inercia".

Y en este estado de inercia el ejército tendía a descansar satisfecho con los medios y procedimientos de 1918. En realidad, el esfuerzo financiero impuesto por la construcción de la Línea Maginot no le dio alternativa alguna.

Aunque había usado todos los rudimentarios vehículos motorizados de la época para salvar a París y a Verdún, sus actuales medios de transporte estaban anticuados y sin posibilidad de reemplazo, y tuvo que recurrir en sus planes de guerra, una vez más, a los ferrocarriles... y a los caballos.

Mientras otros ejércitos experimentaban con las comunicaciones radiales, el francés continuaba con el teléfono de campaña, incluso después de la experiencia de 1914-1918, cuando la conducción de las operaciones había fracasado tan a menudo debido a la destrucción de las líneas por el fuego de la artillería alemana y, algunas veces también, por efectos de la propia, omitiendo la amenaza que significaba la aparición de los blindados modernos y de la aviación.

Preferían seguir siendo sordos y ciegos.

Un ejemplo de la burocracia militar: en 1924 el ejército decidió reemplazar su antiguo fusil y modificar la munición estandar de la infantería; el nuevo fusil entró en servicio en 1932, pero –cosa muy típica en aquella época– el fusil que trataría de usar el mismo cartucho no se seleccionó hasta 1936. En 1939

sólo se habían entregado algunos centenares de miles de armas. Los conscriptos, obviamente, no lo supieron usar en la hora suprema.

B. **Los blindados**

El general Weygand, antes de retirarse del servicio activo, en 1933, había recomendado motorizar cinco divisiones de infantería y que una división de caballería fuese convertida en división ligera mecanizada. No se le hizo el caso necesario. En el fondo, el ejército mostraba muy pocos progresos que le diferenciasen del que había desfilado tan brillantemente en París en 1919.

No hay problema más denso, común a todos los Estados Mayores Generales de los países amantes de la paz, que decidirse sobre cuál ha de ser el año de renovación del equipo para sus Fuerzas Armadas.

Las armas diseñadas mucho antes de los momentos de crisis se convierten rápidamente en cosa inútil para cuando llega la ocasión de emplearlas. En su política de construcción de blindados, Francia permaneció prisionera durante muchos años de la masa de máquinas que le habían sobrado en 1918.

Con la asunción al poder de Adolfo Hitler, el Ejército francés se dedicó a ensayar prototipos, mientras demoraba su producción en serie hasta que la amenaza de guerra pareciese inminente, fecha que la autodecepción y la complacencia de muchas autoridades civiles y militares demoraba constantemente.

Mientras Alemania respetase el Tratado de Versalles, que le prohibía construir tanques, el anticuado armamento francés era aún lo suficientemente bueno para el cumplimiento de sus propósitos. En todo caso, difícilmente podría permitirse el lujo de reemplazarlo. Sin embargo, la consecuencia más insidiosa, a largo plazo, de esta conducta (y sería realmente difícil hallar ningún otro simple factor militar que hubiera contribuido más a la derrota, en mayo de 1940) era la que arrojaba sobre el desarrollo de la guerra blindada.

Los blindados sobrantes de la Gran Guerra eran los Renault FT, algo protegido, lento y de muy corto radio de acción. Resultaba inútil contra fortificaciones de hormigón armado o en el combate contra otros blindados. Era, principalmente, un elemento de apoyo para la infantería.

A finales de la Gran Guerra los tanques avanzaban junto con la infantería después de una intensa preparación artillera. Cuando la infantería había avanzado más allá del radio de acción de su artillería –y los tanques habían agotado su combustible– los atacantes tenían que consolidar sus posiciones y esperar a la artillería arrastrada por caballos para prepararse a un nuevo avance.

En cada pausa, era obvio, también se le daba un descanso al adversario, que podía –de este modo– prepararse para una mejor defensa. Así era imposible mantener la presión del ataque. Nunca lo realizaron los tanques franceses que, en número de casi 4.000, se extendieron a lo largo de todo el frente y jamás, tampoco, realizaron un ataque de penetración.

Una y otra vez los partes de guerra franceses repitieron la misma frase, durante la Gran Guerra: "Los carros de combate hicieron huir a los defensores enemigos, pero la infantería no ha alcanzado su objetivo".

El Mariscal Pétain, en 1921, siendo Comandante Supremo del Ejército francés, descartó el rol futuro de los blindados al decir que: "Los carros de combate ayudan al avance de la infantería, quebrando todo obstáculo estático y resistencia activa adoptada por el enemigo".

Hasta 1935 éste iba a ser el dogma de fe aceptado por el Ejército francés. Al igual que en Verdún, el Marne y muchas otras batallas de la Gran Guerra, dominaría, en el futuro, el infante a pie.

En Inglaterra, un joven capitán retirado, Basil Liddell Hart, comenzaba a dar a conocer sus opiniones sobre la importancia de los blindados. El veía las acciones ofensivas llevadas a cabo por poderosas concentraciones de tanques rápidos y de gran radio de acción, tanques que no fuesen una simple ayuda para la infantería, apoyados por artillería de movimiento autónomo e infantería transportada en vehículos blindados.

En lugar de batir un amplio sector empleando los antiguos procedimientos de sitio, el atacante, tras comprobar la existencia de un punto débil en las defensas del enemigo, se lanzaría sobre él a la máxima velocidad con su *torrente de expansión* de potencia de fuego móvil, originando así vulnerables y profundos frentes en la retaguardia adversaria.

Si las teorías de Liddell Hart eran razonablemente cuerdas y factibles de materializar, entonces significaban la muerte del frente continuo francés.

En Francia hubo un grupo de jóvenes oficiales que, según palabras de Beaufre, consideraron la doctrina de Liddell Hart "tan deslumbradora como debió serlo para los hombres del Renacimiento volver a descubrir la Antigüedad después de la esterilidad conformista del escolasticismo medieval".

Pero como los ingleses no estaban de acuerdo con las ideas de este joven capitán, los franceses se consolaron con la no aceptación de las mismas y los genios de la política militar francesa también las ignoraron.

Solamente en otro lugar, en Alemania, se comprendió inmediatamente su importancia. No obstante, aún faltaba algo.

Atacando las propuestas sobre la creación de un Cuerpo de Ejército Blindado, el sucesor de Pétain como ministro de la Guerra, el General Maurin, sintetizó la opinión militar francesa que predominaba en 1933, preguntando a la Cámara de Diputados, en medio de una gran ovación: "¿Cómo podemos creer todavía en una ofensiva cuando hemos gastado miles de millones para establecer una barrera fortificada? "¡Estaríamos locos si fuésemos más allá de esta barrera para emprender sabe Dios qué aventura!".

C. **Estrategia y política exterior**

Sin embargo, si la acción ofensiva se convertía en una realidad y se abandonaba sus requisitos mecánicos, ¿cómo iba a crear el Ejército francés aquel componente esencial de la estrategia basada en la Línea Maginot —la penetración francesa en Bélgica— contra una Alemania posiblemente rearmada y reequipada?

El significado de la actitud defensiva del Ejército francés, en 1935, había ido mucho más lejos de la adopción de consideraciones simplemente militares para defender el suelo francés, afectando gravemente al sistema político de alianzas dificultosamente creado a partir de 1919, como poderosa barrera contra una eventual agresión alemana.

Desde finales de la Gran Guerra la Cancillería francesa sabía que ya no podría contar con su tradicional aliado de 1914: Rusia, ahora transformada en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, para detener a Alemania mediante la amenaza disuasiva de una guerra en dos frentes.

Ahora, en cambio, Francia tenía que apoyarse en acuerdos diplomáticos establecidos con pequeños Estados de la Europa oriental, sobrantes del antiguo Imperio Austrohúngaro, de la Alemania kaiserana y de la mismísima Rusia.

En el papel, la suma militar de estos Estados parecía imponente; los polacos, por ejemplo (al mando del General francés Weygand), habían demostrado su valer militar contra el Ejército soviético. Aisladamente eran fuertes; sin embargo, por razones políticas, raciales y lingüísticas eran imposible de unir.

Serían capaces de destruirse mutuamente antes que presentar un frente unido al gobierno hitleriano.

En 1914, cuando el Ejército alemán cruzó Bélgica para librar la batalla decisiva del Marne, en las cercanías de París, había sido el Ejército ruso el primero en acudir en ayuda inmediata de Francia librando las batallas de Tannenberg y Lagos Masurianos. Ahora la situación era totalmente distinta, porque en el caso de guerra, y con toda seguridad, sería Francia la que tendría que acudir en ayuda de estos pequeños Estados orientales. No obstante, los franceses se preguntaban: "¿cómo podrán ayudarnos?, *y nunca* ¿cómo podremos ayudarles?".

La actitud defensiva francesa, afianzada por la Línea Maginot, hacía cada vez más dudoso el hecho de que pudiese ayudar a sus aliados en algún modo.

Irónicamente, la creación del Estado polaco –consecuencia del Tratado de Versalles– iba a favorecer más a Alemania que a Francia. En lugar de establecer un cordón sanitario que protegiese a Rusia de los alemanes, hacía que, cuando llegase la guerra, Rusia se mostraría incapaz de socorrer a Francia, porque sobre el terreno se interponía una Polonia muy recelosa.

La única posibilidad francesa de ayudar a sus aliados orientales era penetrar en la zona del Rhur, la región alemana más sensible a cualquier golpe externo.

Sin embargo, ya lo había manifestado el General Maurin, la estrategia terrestre basada en la Línea Maginot excluía esta posibilidad. Así, con una Polonia antialemana en el este y la Línea Maginot en el weste se creaba, de hecho, un cordón sanitario que protegía simultáneamente a Francia y a Alemania. De este modo quedaba mostrada la diferencia de fondo entre el frente externo y el frente bélico francés.

Hitler, explotando esta diferencia conceptual francesa, rescataría de las manos de su eterna rival las provincias renanas, mediante un golpe de mano rápido, sorpresivo, incontestable.

El 7 de marzo de 1936, Hitler iba a reocupar las desmilitarizadas provincias renanas, actuando con vertiginosa celeridad y con todas las opciones sicológicas a su favor. ¡Tres batallones de infantería y un escaso número de aviones sorprendiendo al que aún se consideraba el ejército más poderoso de la Tierra!

Todos observaron a Francia para ver cómo toleraba aquella violación del Tratado de Versalles. A su vez, Francia miró a Inglaterra. Sin embargo, Inglaterra estaba sumamente preocupada con Italia por el problema abisinio. Además, ¿no había declarado Francia, hacía dos años apenas, que en adelante garantizaría su seguridad mediante medios propios? Inglaterra dijo a Francia que aquél era un problema exclusivamente francés.

El Gabinete francés citó al General Gamelin, entonces Comandante Supremo. Este, más político que militar, actuó con el clásico estilo que derrumbaría a Francia cuatro años más tarde. Evidentemente, el ejército estaba dispuesto a actuar, pero, ¿acaso el gobierno francés no se daba cuenta de que los alemanes tenían casi un millón de hombres bajo las armas y 300.000 de ellos en las provincias renanas?

Era una ridícula exageración, formulada deliberadamente para eludir la acción bélica y cargar la responsabilidad a los políticos. Sin conceder que el ejército no pudiera ser capaz de soportar una veloz ofensiva, Gamelin señalaba que, numéricamente, se hallaba en desventaja debido a la reducción del Servicio Militar Obligatorio, de la que, evidentemente, eran responsables los políticos. Sólo entonces dio a conocer su verdadera opinión: que si el ejército actuaba en la Renania el Gabinete tendría

que enfrentarse con una movilización general. Los ministros franceses se aterrorizaron. ¡Era imposible una movilización general seis semanas antes de unas elecciones parlamentarias previstas hacía algún tiempo! El electorado jamás aceptaría tal cosa y, lo más importante, era preciso tener en cuenta que sus mismos cargos estaban en juego. Era absolutamente imposible.

Tanto los políticos como los militares se excusaron de obrar. Y nada mejor que culpar a Inglaterra por su mala voluntad de apoyar a Francia en tan delicada crisis.

Se dice que la torpeza de Gamelin se torna casi criminal, dado que dos meses antes de la reocupación de la Renania había previsto, ante el General Armengaud, la posibilidad de tal acción alemana.

Parece ser que Pierre Flandin expuso la misma posibilidad en enero de 1935. Entonces, ¿por qué el ejército y el gobierno se sintieron tan sorprendidos?

Paul Reynaud dijo, además, que si Francia hubiera actuado sola en defensa de sus intereses vitales, no cabía duda alguna de que Inglaterra se hubiera visto obligada a ayudarla.

Pero Francia no hizo nada y Hitler ganó su primera y más audaz jugada. Las consecuencias se hicieron presente casi de inmediato. La más próxima provino de su más cercano aliado: Bélgica.

El rey Alberto, que había firmado el tratado franco-belga en 1920, había muerto en un accidente automovilístico en 1934 y su hijo, Leopoldo II, se enfrentaría ante un problema gravísimo. Observó que su cordón sanitario se había desplomado. Las desmilitarizadas provincias renanas que la aislaban de Alemania ya no eran tales y a su espalda se encontraba una Francia impotente e irresoluta. ¿Dónde estaba, entonces, la seguridad de Bélgica?

El 14 de octubre de 1936, Leopoldo II anuló el tratado franco-belga y optó por un retorno al estado de neutralidad total, similar al anterior a 1914. Dijo el Rey: "Esta política está orientada a apartarnos decididamente de las disputas de nuestros vecinos". Esto significaba para Francia que, en caso de guerra, no podría penetrar en Bélgica hasta que ésta hubiese sido invadida por Alemania. De un solo golpe toda la estrategia basada en la Línea Maginot se había desplomado estrepitosamente.

EPILOGO

La decisión belga proporcionaba dos angustiosas posibilidades a Francia, ya que no podría coordinar ningún despliegue en Bélgica con su ejército neutral. Por lo tanto, o tendría que enfrentarse en una batalla decisiva con el Ejército alemán en las llanuras belgas —en una improvisada contraofensiva para la que el Ejército francés no estaba preparado— o tendría que estar dispuesta a enfrentar al enemigo en territorio francés; ésta era la posibilidad más temida.

La reacción que ofrecía alguna seguridad era prolongar la Línea Maginot hasta el Canal de la Mancha. Pero los 150 kilómetros ya existentes habían significado 7.000 millones de francos y era evidente que extenderla hasta el canal sería infinitamente más oneroso.

Los políticos franceses recurrieron al expediente muy socorrido de engañar a sus electores y a sus aliados, pretendiendo hacer algo que admitían en secreto que estaba mucho más allá de sus posibilidades reales.

Hitler no perdió su tiempo. Construyó una poderosa línea defensiva frente a la Línea Maginot: la Línea Sigfrido, pero su concepción general era claramente ofensiva.

Churchill diría, el 6 de abril de 1936: "Aquellas fortificaciones capacitarán a las tropas alemanas para economizar hombres y el grueso de sus fuerzas podrá dar un rodeo a través de Bélgica y Holanda. Luego, girar hacia el este. Allí, las consecuencias de la fortificación de las provincias renanas pueden ser más inmediatas... Polonia y Checoslovaquia, con las que deben aliarse Yugoslavia, Rumania, Austria y algunos otros países, quedarán muy afectadas, afectadas decisivamente cuando se haya acabado este gran trabajo de construcción".

Evidentemente, su finalización haría imposible, en la práctica, que Francia diera una ayuda eficaz a sus aliados orientales. Hitler ya tenía las manos libres para moverse a voluntad hacia el este europeo, con su espalda asegurada por la neutralidad belga y la defensiva a ultranza francesa.

Esta cuestión de la reocupación de las provincias renanas marcó un hito entre 1919 y 1939. No hubo otro hecho, en aquellos años, de tanta trascendencia política y estratégica. Fue, en verdad, una batalla decisiva, sin disparos ni muertos ni heridos. Caso quizá único en la Historia Militar Universal.

El 7 de marzo de 1936, Francia había sido derrotada anticipadamente en la guerra que habría de estallar efectivamente sólo el 1º de septiembre de 1939.

No hay otra explicación del porqué Francia, en apenas 48 horas a partir del 10 de mayo de 1940, dejaba de ser una nación combatiente para transformarse en un conglomerado humano sufriendo los espasmos de la derrota militar y moral.

¡Triste imagen que deja una lección que no debe ser olvidada!

BIBLIOGRAFIA

Abshagen, Karl Heinz, *Canaris,* Londres, 1956.

Armengaud, A., *Batailles politiques et militaires sur l'Europe,* París 1948.

Bauer, Eddy, *Der Panzerkrieg,* Bonn, 1965.

Beaufre, André, *Le drame de 1940,* París, 1965.

Bloch, Marc, *Strange defeat,* Oxford, 1949.

Buccheit, Gert, *Der Deustche Geheimdienst,* Munich, 1966.

Churchill, Winston, *The Second World War,* Londres, 1949.

Francois-Poncet, André, *The fateful years,* Londres, 1949.

Fuller, J.F.C., *Decisive battles of the western world,* Londres, 1956.

Guderian, Heinz, *Achtung... Panzer,* Stuttgart. 1937.

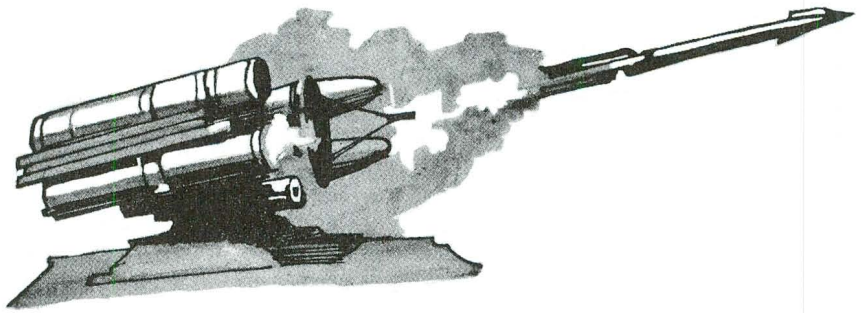
Liddell Hart, Basil, *Memoirs,* Londres, 1965. Id., *The other side of the Hill,* Londres, 1948. Id., *The tanks,* Londres, 1959.

Maurois, André, *Tragedy in France,* Nueva York, 1940.

Simone, André, *J'acusse,* París, 1946.

Spears, E.L., *Assignment to catastrophe,* Londres, 1954.

Taylor, A.J.P., *Origins of the Second World War,* Londres, 1961.

Warlimont, Walter, *Inside Hitler's Headquarters 1939-1945,* Londres, 1964.

Westphal, S., *The German Army in the west,* Londres, 1951.